

Foro sobre el hecho religioso

CUANTOS años hacía que no se reunían en el Estado español un grupo de intelectuales para ahondar en el hecho religioso?

Hace años —en pleno franquismo— hubo diversos encuentros más o menos minoritarios. Grupos de amigos se reunían para tratar algún aspecto religioso de actualidad, pero eran cenáculos más bien cerrados, porque en ellos sólo podían entrar los amigos de los amigos. Quizá el más abierto, también por su dimensión internacional y la amplitud de los temas tratados, fueron las *Conversaciones católicas internacionales de San Sebastián*. Su pionero católico fue Carlos Santamaría, el cual se lanzó a una aventura entonces casi imposible, en medio de la cerrazón hispana que nos envolvía, y cuando estaba todavía en auge el nacional-catolicismo.

El reaccionarismo español y las suspiraciones romanas por todo avance religioso realizado en el extranjero dieron al traste con este ejemplar ensayo de confrontación intelectual. La inculcación latente de herejía modernista sonaba en nuestros asombrados oídos de entonces, porque la verdad es que solamente hacíamos tímidos pinitos en favor de la libertad religiosa, de una obediencia inteligente o de un compromiso prudente de los cristianos con el mundo. Los temas mayores, que hoy son frecuentes, apenas se rozaban en aquellos cercanos días, que parecen tan alejados mentalmente de los nuestros por el impacto ejercido después sobre nuestro modo de pensar por el Concilio Vaticano II. Las ventanillas abiertas por Juan XXIII han oreado nuestros cerebros, y hoy estamos más bien en el vendaval de una profunda crisis de identidad católica que en una baza refrescante como la que entonces disfrutamos con estos encuentros, aunque fuese sólo a medias.

Sin embargo, estos precedentes no tienen nada que ver con este nuevo Foro. Estos encuentros actuales pretenden una confrontación plural y no un intercambio entre católicos. El hecho de llamarse *Foro religioso*, no quiere decir que sean creyentes quienes han de llevar la voz cantante en él. Precisamente se pretende que unos y otros estén en plano de total igualdad a la hora de organizar futuras sesiones, o de intervenir en ellas.

Tres días, en cuatro sesiones de medio día cada una, han bastado ahora para iniciar este ensayo de estudio, reflexión y diálogo sobre el hecho religioso español. Todo aquel intelectual que tenga una inquietud o preocupación profunda acerca de este tema, independientemente de su opción creyente o no, podrá y deberá participar en él de un modo o de otro. Este año todavía no hemos alcanzado esta meta porque las voces creyen-

tes han predominado excesivamente y las no creyentes han sido seleccionadas entre quienes muestran una excesiva deferencia hacia la problemática de la creencia. En veces sucesivas habrá que replantear la necesaria presencia de pensadores más polémicos, más críticos de la religión y, en particular, del catolicismo si no queremos que estas reuniones se conviertan en un amable y cortés torneo de frases educadas y hasta excesivamente laudatorias para el contrario.

Porque menudearon esta vez las exquisiteces verbales propias de intelectuales —hasta ahora casi imposibilitados de expresarse— que no están demasiado acostumbrados a ejercer la naturalidad en este tipo de encuentros. Muchas palabras sonaban a excesivamente escogidas y exageradamente egocéntricas. Parecía en ocasiones como si estuviéramos en un escenario representando una función por primera vez, y exagerando por eso las actitudes versallescas, por un lado, y por otro, la oculta crispación de intentar decir algo original, incluso haciendo alguna íntima confesión para realizarse inconscientemente ante los demás.

Esta impresión me hizo mucho de lo que oí. Pero no sólo fue a mí, sino que a un grupo de asistentes —no de los más conocidos— oí comentar al final de la reunión esta misma impresión: les extrañaba profundamente que unos intelectuales "cristianos" —la casi totalidad lo eran y bien conocidos— cayesen constantemente en los inconscientes trucos develados por Freud y que él llamó "mecanismos de defensa": la racionalización, la proyección, la transformación en lo contrario, la formación reactiva... Un psicoanalista hubiera quedado sorprendido estudiando aquel cuadro humano que tan plásticamente encarnaba estos mecanismos psíquicos, a veces incluso demasiado ingenuamente.

Pero esto no fue todo. Allí hubo también una cosa importante, la más importante de todas en mi opinión: el encuentro personal, el contacto humano de unos con otros. Mucho más que las propias intervenciones, aunque algunas de ellas fueron de gran interés. Lo decisivo es que haya empezado —con sus defectos evidentes— una nueva fase en el panorama intelectual del país respecto al hecho religioso.

Por eso en próximas ocasiones estamos decididos todos a repetir la experiencia y centraremos más el tema acotándolo mejor, haciéndolo más concreto, dando un espacio mayor a la confrontación en pequeños grupos, sin pretender presentar nadie ponencias demasiado extensas o demasiado difusas.

A la exposición histórica del hecho religioso español le faltó tratar de la estructura. No se trataba de establecer

una cronología de hechos, sino que era necesario haber enfocado el problema histórico del hecho religioso español más estructuralmente. Por ejemplo: analizar la corriente liberal y la reaccionaria, y sus influencias en situaciones bien cercanas a nosotros como la segunda República y el franquismo, y sus prolongaciones actuales, o los intentos anteriores de liberalización constitucional y el actual proyecto de Constitución. Para llegar después a nuestro momento actual, desarrollado por la ponencia sociológica, combinando el dato y la observación con una interpretación teórica aplicada a nuestro caso. Y, finalmente, terminar con la exposición filosófico-religiosa por inteligente que sea, en un tono menos de sermón de corte germano y teniendo mayor concreción relativa a nuestro entorno.

Hubo voces disconformes —gracias a Dios—, y todos debemos acostumbrarnos a que las haya; que cada vez sean más patentes estas disidencias en el concierto convivencial español que debemos crear. Una democracia pide esta distensión sincera, sin crispaciones ni personalismos.

También se evidenció la dificultad de encontrar en este primer encuentro el camino; un camino claro que no fuese demasiado influido por el pasado católico ni por las modas del momento, como es la de confrontación católico-marxista.

La nota de prensa, difundida después ampliamente por los medios de comunicación de todo el país, no reflejaba exactamente lo ocurrido, pues era difícil sintetizarlo a gusto de todos y en pocas palabras. Pero, por supuesto, la apocalíptica y crítica interpretación que dio en un editorial el periódico "Ya" —que se irroga siempre una representación católica oficial que no posee ni nadie se la reconocemos salvo sus propios confeccionadores—, no tiene ninguna semejanza con la realidad ocurrida. Allí no pasó nada desgarrado ni dramático. Todo tuvo un tono amistoso y comprensivo, incluso cuando hubo divergencia de juicios y opiniones.

Esperemos que encuentros así se repitan, y el tiempo vaya perfeccionándolos. Al fin y al cabo es verdad, una vez más, la observación de Juan XXIII: "La libertad se aprende ejercitándola". Y buena falta nos hace aprenderla, acostumbrándonos a su ejercicio. ■